

A puertas abiertas. La Asociación Bernardino Rivadavia de Bahía Blanca: reformismo, distinción social y configuración urbana (1882-1930)

María de las Nieves Agesta

Estudios del ISHiR, 16, 2016, pp.6-30 . ISSN 2250-4397

Investigaciones Socio Históricas Regionales, Unidad Ejecutora en Red – CONICET

<http://revista.ishir-conicet.gov.ar/ojs/index.php/revistaISHIR>

Dossier

A puertas abiertas. La Asociación Bernardino Rivadavia de Bahía Blanca: reformismo, distinción social y configuración urbana (1882-1930)

María de las Nieves Agesta (Centro de Estudios Regionales “Prof. Félix Weinberg”- Universidad Nacional del Sur /CONICET)

Resumen

El presente artículo propone examinar las actividades de promoción y de divulgación cultural llevadas adelante por la Asociación Bernardino Rivadavia de la localidad bonaerense de Bahía Blanca entre 1882, momento de su fundación, y 1930, cuando el traslado a su sede definitiva y la ampliación de sus instalaciones supuso la posibilidad de diversificar las propuestas de extensión. Este análisis permite sostener que los grupos letrados que ocuparon la dirigencia institucional durante esos años formaron parte de una ofensiva modernizadora en materia cultural que se fundamentó en una representación compartida de su rol social y de la función atribuida a los saberes considerados legítimos. Sus iniciativas estuvieron, además, guiadas por una voluntad pedagógica de propagación del conocimiento que se asentó sobre la construcción de una red institucional en la cual ella misma ocupaba el lugar central. De esta manera, se favoreció la configuración de una geopolítica urbana donde se definían centros y periferias culturales diferenciados.

Palabras claves: asociacionismo cultural; reformismo; distinción social; configuración territorial; Bahía Blanca

Open house. The Asociación Bernardino Rivadavia of Bahía Blanca: reformism, social distinction and urban configuration (1882-1930)

Abstract

This article proposes to examine the cultural promotion and dissemination activities carried out by the Asociación Bernardino Rivadavia of the town of Bahía Blanca (province of Buenos Aires) between 1882 -- its foundation -- and 1930, when a new building and the expansion of its facilities afforded a diversification of its cultural programme. This analysis allows to sustain that the learned groups that occupied the institutional leadership during these years were part of a cultural modernisation offensive that was founded on a shared representation of their social role and of the function assigned to the knowledge that was considered legitimate. Their initiatives were, in addition, guided by a pedagogic will of cultural dissemination based on the construction of an institutional network in which the association itself played a central role. In this manner, the configuration of urban geopolitics and the definition of differentiated cultural centers and peripheries were favoured.

Keywords: cultural asociacionism; reformism; social distinction; territorial configuration; Bahía Blanca



Las bibliotecas populares son consideradas generalmente como una prolongación de la escuela que puede y debe abarcar todos los períodos de la vida del hombre desde la niñez a la ancianidad. La biblioteca y la escuela en efecto, son las dos fuerzas educadoras más grandes y existe entre ellas un lazo y una correlación íntimos. Pero mientras el papel de la escuela es forzosamente limitada, el de la biblioteca es amplio y universal. Para convencerse de ello basta comprobar que las bibliotecas populares responden a necesidades ineludibles. Las impone el progreso, de la misma manera que ha impuesto calles y habitaciones más higiénicas, métodos de alumbrado más prácticos y económicos.¹

Haciendo suyos los argumentos sarmientinos, *Lucha de clases*, periódico socialista dirigido por Agustín de Arrieta² y editado en Bahía Blanca entre 1915 y 1917, sostenía la necesidad de fomentar el desarrollo de las bibliotecas populares como parte de un programa pedagógico más amplio que conduciría a la sociedad por el camino de la civilización. Junto a su complemento ineludible, la escuela pública, estas instituciones contribuirían a orientar la conducta moral y ciudadana de la población al crear en ella “nuevas necesidades siempre más elevadas y agregar a sus medios de vida las posibilidades de satisfacerlas”.³ Aunque se tratara en este caso de un medio de la prensa obrera, la función social atribuida a las bibliotecas formaba parte del imaginario compartido por distintos sectores sociales y políticos, tal como se evidenciaba en la intensa campaña desplegada a nivel local por los órganos periodísticos de las más diversas filiaciones.

La confianza en el libro y la lectura como motores del progreso fundamentada en el pensamiento ilustrado, sustentó, de hecho, las políticas de alfabetización impulsadas a partir del siglo XIX en los nacientes Estados latinoamericanos por sus élites. Como señala Jean Hébrard, se creía que el libro sería capaz por sí solo de destruir modelos antiguos y de transformar la “supuesta cera blanda que sería el lector”.⁴ En este contexto, los “buenos” libros llevaban

¹ Haunux, Arturo. “Las bibliotecas populares”. *Lucha de clases*, año 4, nº 129, 18 de agosto de 1917. Bahía Blanca, págs. 1 y 2.

² De formación autodidacta, el español Agustín de Arrieta llegó a Bahía Blanca en 1914 donde se empleó como tipógrafo para luego fundó su propio periódico *Lucha de clases* (más tarde, *Nuevos Tiempos*). Esta publicación se convirtió en vocera del socialismo local en cuyas filas militaba Arrieta. En representación de este partido fue concejal, diputado provincial por Buenos Aires e intendente de Bahía Blanca entre 1932 y 1935. Como periodista colaboró con varios medios de la ciudad. Tuvo, por último, una intensa participación en las asociaciones locales como la Asociación Bahiense de Cultura Inglesa, la Biblioteca Popular Bernardino Rivadavia, el Círculo de la Prensa (del que fue presidente), la filial local del Colegio Libre de Estudios Superiores y la Liga del Sur. Murió el 3 de julio de 1946.

³ Ídem, pág. 2.

⁴ Hébrard, Jean. “La autodidaxia ejemplar: ¿cómo aprendió a leer Valentin Jamery-Duval?”, en Chartier, Roger (dir.). *Prácticas de la lectura*. La Paz, Plural editores, 2002, pág. 24.

el espíritu a un grado superior de inteligencia para que los cerebros iluminados por conocimientos adquiridos se conduzcan por sendas honradas que dignifiquen al hombre haciéndole amar lo bueno y aborrecer y... despreciar lo malo, como igualmente alejarle de la compañía ó del contacto de los seres depravados y decrepitos de espíritu.⁵

En este contexto, la creación de bibliotecas populares fue asumida como un deber moral de las élites ilustradas y como una muestra de su vocación pública. De acuerdo al ejemplo norteamericano reivindicado por D. F. Sarmiento, estos establecimientos suponían un compromiso de parte de los participantes que fortalecía el vínculo social y la vida democrática y, por ello, su multiplicación estaba relacionada con la expansión del movimiento asociativo. Más allá de que fuera el Estado el encargado de su promoción y supervisión, las entidades estaban a cargo de los ciudadanos que debían organizarse para fundarlas y administrarlas.⁶ Tal como sostenía el diario Bahía Blanca en 1919 eran los “hombres de pensamiento” quienes debían “llevar a las bibliotecas todo el prestigio que su ilustración les concede para hacer de ellas verdaderos centros de saber y de cultura” y “aunque exija sacrificios, ellos deben realizar iniciativas que hagan positivos los fines y propósitos que dieron origen a las instituciones de esa índole” porque

el indiferentismo por esas instituciones es un crimen cuando el ambiente social es propicio para mejorarlas en bien general. Los pueblos que tenga muchas y buenas bibliotecas y que sepan estimar lo que valen, serán libres y grandes porque el pueblo – con verdad se ha dicho – se civiliza por medio de la instrucción sólo por medio de la civilización es libre y sólo comprendiendo el verdadero concepto de la libertad puede ser soberano.⁷

Al igual que en otros puntos del país, Bahía Blanca, localidad situada al sudoeste de la provincia de Buenos Aires, participó activamente de esta ofensiva modernizadora que encabezaron las élites en materia cultural. Fundada como fortaleza de avanzada del Estado argentino sobre territorio indígena en 1828, se fue convirtiendo entre fines del siglo XIX y principios del XX en una localidad con aspiraciones progresistas y en un centro regional con un futuro promisorio. A mediados de la década 1880, la extensión de las vías férreas y la fundación del puerto de aguas profundas implicaron una abrupta transformación de sus estructuras productivas, de su espacio urbano y de su realidad social que

⁵ Bournaud, Emilio Raúl. “Las Bibliotecas”. *Lucha de clases*, año 3, n° 85, 10 de septiembre de 1916. Bahía Blanca, pág. 1.

⁶ Véase Planas, Javier. *Discurso sobre bibliotecas populares: Sarmiento*. La Plata, UNLP-FAHCE, 2008. [tesis presentada para la obtención del grado de Licenciado en Bibliotecología y Ciencia de la Información] Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1138/te.1138.pdf>

⁷ “Acerca de las bibliotecas. Conceptos generales. La biblioteca popular Bernardino Rivadavia. Su pasado y su porvenir. El legado Caronti”. *Bahía Blanca*, año 13, n° 3725, 3 de enero de 1919. Bahía Blanca, pág. 3.

A puertas abiertas. La Asociación Bernardino Rivadavia de Bahía Blanca: reformismo, distinción social y configuración urbana (1882-1930)

redefinieron su posición a nivel nacional al insertarla como nodo estratégico en el proyecto nacional agroexportador.⁸

En este marco y sustentado por una noción amplia de progreso que incluía aspectos tanto materiales como espirituales,⁹ los grupos dirigentes procuraron estimular la sociabilidad y la vida intelectual de sus habitantes, contrarrestando el carácter de “ciudad fenicia” que se le atribuía. La expansión de orden cultural y educativo fue notable desde entonces y se centró en la multiplicación de instituciones, formaciones y agentes. El descenso lento pero continuado de los índices de analfabetismo, la habilitación de nuevas escuelas primarias, el aumento del número de maestros y alumnos, la inauguración de los colegios secundarios¹⁰ y la multiplicación de medios de prensa junto a la revitalización de la actividad teatral, artística y literaria, la creación de centros recreativos y el surgimiento de entidades con fines específicos, contribuyeron a modificar el perfil cultural de la ciudad transformándola en un punto de referencia para la zona sur del país.

La inauguración de la Asociación Bernardino Rivadavia (ABR) el 16 de julio de 1882 por parte de un “cenáculo con pretensiones de intelectualidad”,¹¹ formó parte de este proceso en sus etapas más tempranas. En efecto, aun antes de la estructuración del eje ferropuerto, un grupo de vecinos distinguidos resolvió la creación de una entidad con objetivos específicamente culturales destinada al sostenimiento de una biblioteca popular en el centro urbano. Si bien durante todo el período que nos ocupa se fueron organizando también bibliotecas que reunieron parte del público interesado en ciertas temáticas o perteneciente a una determinada extracción social, confesional, barrial o político-ideológica,¹² hasta el presente ninguna logró la envergadura y la continuidad de su par decimonónica. Liderada por una élite que congregaba profesionales y sectores

⁸ Para una síntesis del proceso que tuvo lugar en Bahía Blanca entre 1880 y 1943 véase Cernadas, Mabel, Bracamonte, Lucía y Agesta, María de las Nieves. “Bahía Blanca de la «segunda fundación» a la sociedad de masas (1880-1943)”, en Cernadas, Mabel, Bracamonte, Lucía, Agesta, María de las Nieves y De Paz Trueba, Yolanda. *Escenarios de la sociabilidad en el Sudoeste bonaerense durante la primera mitad del siglo XX*. Bahía Blanca, EdiUNS, 2016. (en prensa)

⁹ Cernadas, Mabel N. “La idea de progreso en la Bahía Blanca de fines del siglo XIX”, en Bustos Cara, Roberto y Cernadas, Mabel (dirs.). *Estudios regionales interdisciplinarios II*. Bahía Blanca, EdiUNS, 2000, págs. 229-243.

¹⁰ El analfabetismo que en 1882 era del 41,9%, descendió muy lentamente en los años posteriores alcanzando un 38,5% en 1895 y un 35,8% en 1914. Los datos de inscripción de alumnos, cantidad de maestros y número de escuelas públicas y privadas en la ciudad sugieren que fue recién hacia 1909-1910 que comenzó a evidenciarse un desarrollo notable de la escolarización primaria que redundaría años después en un consecuente crecimiento del consumo letrado.

¹¹ García, Germán. *La Biblioteca Popular Bernardino Rivadavia. Cien años de historia, 1882-1982*. Bahía Blanca, Asociación Bernardino Rivadavia, 1982, pág. 16.

¹² Entre las más importantes, se fundaron las bibliotecas Masónica, Esperantista, Israelita, de la Unión Conductores de Carruajes, de Chaffeurs, del Centro Socialista, de los Metalúrgicos Francisco Ferrer, de la Cárcel Departamental, Cultura de Las Villas y Alberdi de Villa Mitre, del Club Argentino, del Centro Filodramático Luz, del Club Leandro N. Alem de Ing. White, de la Sociedad Naturalista, del Centro Amantes de la Educación Popular, Teosófica, “Carlos Marx”, del Centro Cultural Whitense.

ligados a la economía agroexportadora vinculados a distintas agrupaciones políticas, la entidad fue concebida como factor de modernización cultural. La voluntad de intervención pública de sus gestores se canalizaba, así, mediante la articulación la función cívica y la intelectual. Política, cultura y sociabilidad aparecían para ellos como facetas de un mismo proyecto que era necesario desarrollar de manera integral.

El presente artículo pretende, por lo tanto, examinar las actividades de promoción y de divulgación cultural llevadas adelante por la Asociación y su biblioteca entre 1882, momento de su fundación, y 1930, cuando el traslado a su sede definitiva y la ampliación de sus instalaciones supuso la posibilidad de diversificar las propuestas de extensión. Si bien se trata de un período prolongado donde es posible identificar diferencias internas,¹³ la permanencia de rasgos y representaciones compartidos por la dirigencia durante esos cuarenta años le otorga cierta uniformidad que habilita su tratamiento conjunto. En primer lugar, su convicción de integrar una élite destinada a la dirigir el rumbo de los asuntos públicos, cuyo deber era encabezar el progreso moral e intelectual de sus compatriotas. Como había sostenido Sarmiento, aunque el Estado debía ser el encargado de “abrir canales a la difusión de las luces a todos los extremos de la República”,¹⁴ cabía a los “hombres más distinguidos” por su saber, su influencia y su posición simbólica la iniciativa de propender la educación popular. Este espíritu de reforma cultural formó parte de un proyecto más extenso que incluía, además, la cuestión social, la modificación del sistema político sobre bases legalistas y la reformulación del rol del Estado.¹⁵ De este modo, la labor pedagógica e intelectual se articuló con otras discursividades sociales como el higienismo y las nuevas doctrinas criminológicas que orientaron, en ocasiones, los fines y las estrategias desplegadas por la sociedad. A su vez, este papel conductor asumido por los miembros de las sucesivas comisiones directivas operó como un mecanismo de distinción que confirmaba su preeminencia social como grupo en función de sus capitales culturales, educativos y simbólicos y reforzaba la primacía del modelo de la cultura letrada asentado en la tradición europea que encontraba en la institución céntrica su mejor concreción. En efecto, mediante el despliegue de ciertas políticas de carácter descendente, la ABR se presentó a sí misma como la principal referente del movimiento intelectual local -e, incluso, regional- y así fue percibida también por otros establecimientos con finalidades análogas ubicados en zonas más alejadas del núcleo urbano. Parte de sus iniciativas estuvieron, entonces, guiadas por la voluntad de propagar los saberes por medio de la construcción de una red institucional en la cual ella

¹³ Una primera etapa podría abarcar desde la fundación hasta 1915 cuando, bajo la dirección de Bartolomé Ronco, la biblioteca intensificó su actividad, incrementó el número de sus asociados y multiplicó sus propuestas culturales y bibliográficas. Un segundo recorte incluiría, por lo tanto, los años comprendidos entre esa fecha y 1930.

¹⁴ “Sarmiento. Cincuentenario de su muerte. IV. Páginas Selectas de Sarmiento sobre bibliotecas populares. Buenos Aires, Comisión Nacional de Homenaje a Sarmiento, 1938, pág. 41.

¹⁵ Zimmermann, Eduardo. *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana – Universidad de San Andrés, 1994, pág. 15.

A puertas abiertas. La Asociación Bernardino Rivadavia de Bahía Blanca: reformismo, distinción social y configuración urbana (1882-1930)

misma ocupaba el lugar central. Así, su accionar favoreció también la configuración de una geopolítica urbana donde se definían centros y periferias culturales.

En este sentido, la Asociación desarrolló, con mayor o menor éxito, distintos programas que se articularon en torno a esta trama compleja de representaciones implícitas y explícitas sobre la cultura, la sociedad y sus vínculos. En primer lugar, se planteó una extensión del conocimiento a partir de la reglamentación de la biblioteca circulante y del establecimiento de convenios formales con agrupaciones locales que se convertían, de esta manera, en asociaciones adherentes de la Rivadavia. En segundo término, se propició la ocupación del espacio público mediante la instalación de cartelera en las calles, la realización de disertaciones al aire libre y la puesta a disposición de los libros en la plaza. Por último, en concordancia con lo sucedido en el resto del país, se organizaron conferencias y muestras artísticas en espacios cerrados, como los cines o la misma sede bibliotecaria, que pretendían atraer a un público creciente y educarlo de acuerdo a los parámetros de la cultura considerada legítima. Iniciadas durante las primeras décadas del siglo, estas propuestas se consolidarían a partir de 1930 cuando, gracias a la apertura de un teatro y de salas de exposición propias y a la modificación estatutaria, la ABR se transformaría uno de los principales espacios de exhibición de la ciudad.

Una biblioteca popular para Bahía Blanca

De acuerdo al relato de F. Caronti, el proyecto de creación de la Asociación Bernardino Rivadavia surgió a partir de las inquietudes compartidas de un grupo que, bajo la denominación de El Mentidero,¹⁶ solía reunirse en el café de Molina -y luego, en el de Lamberti- y en la habitación particular de Casanova, anexa a la escuela elemental de varones que él dirigía. De carácter heterogéneo, en él se encontraban, entre otros, Eliseo Casanova, Felipe M. French, Pedro Rafaelli, Luis J. Viale, Lorenzo Temossi, Octavio Zapiola (hijo) y Felipe Caronti Casati, además de a Luis C. Caronti, Juan Casaubón, Daniel Aguirre y Daniel Cerri. Tal como se planteaba en su acta fundacional, la sociedad tendría como objeto principal la creación y el sostenimiento de una biblioteca popular de acceso público con una colección “lo más variada posible y para que todo el vecindario, sin exclusión de nacionalidad alguna, pueda instruirse en lo que mas le plasca”.¹⁷ Ligados a la docencia y al periodismo, profesionales algunos de ellos, militares y funcionarios del organismos oficiales como el Registro Civil o el Consejo Escolar, otros, los miembros de la entidad concebían a la biblioteca como un

¹⁶ La “Evocación” escrita por Felipe Caronti en *El Porteño* con motivo de la muerte de Daniel Aguirre, explicaba que este nombre aludía a la gradas de San Felipe el Real, en Madrid, donde, durante el reinado de Felipe IV se “iba “á mentir y á saber mentiras”. Fernández y González, Manuel. *El Conde-Duque de Olivares (Memorias del tiempo de Felipe IV)*. Madrid, Miguel Prats ed., 1867, pág. 131.

¹⁷ *Libro de actas del Consejo Directivo de la Asociación Bernardino Rivadavia 1882-1884*. Bahía Blanca, Asociación Bernardino Rivadavia, 4 de abril de 1882, f. 1.

instrumento complementario al servicio del programa educativo nacional que, desde la implementación de la Ley 1.420, se centraba en la expansión de la escuela pública y que asignaba a las élites letradas un rol fundamental en la formación de los sectores populares y, por lo tanto, de la ciudadanía. Como indican Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero,¹⁸ las bibliotecas eran pensadas, entonces, como agencias transmisoras y divulgadoras de la “cultura” legítima y como intermediarias entre el mundo popular y el saber universal reivindicado por los intelectuales en el marco de un ideal reformista en el que se reconocían representantes de distintas filiaciones partidarias.

Acorde con el carácter democrático que se le asignaba, la ABR estaba a cargo de dos organismos representativos: una Asamblea General compuesta por los socios activos y un Consejo Directivo elegido de entre ellos por mayoría simple. Sin embargo, y a pesar de que los estatutos preveían estructuras y mecanismos de funcionamiento interno tomados de la vida cívica, la política en sentido estricto estaba explícitamente proscrita de los recintos de la institución desde sus mismas bases generales.¹⁹ Si bien como hemos analizado en otras oportunidades,²⁰ la existencia de la Biblioteca estuvo ligada a los procesos y figuras de la administración municipal, de acuerdo a sus sostenedores su misión cultural no debía enturbiarse con intereses y debates propios de la coyuntura partidaria sino que, por el contrario, debía unificar a los grupos dirigentes en la búsqueda del bien común. Así, la dependencia de los poderes estatales fue percibida como una subordinación al régimen gobernante y, por lo tanto, como una desnaturalización de los fines del asociacionismo moderno. En función de esto, es posible explicar que los fundadores hayan optado desde el principio por otorgarle un carácter popular que concordara con las modalidades e ideas promovidas por la intelectualidad de la época. Este calificativo reivindicaba, de hecho, una voluntad de autonomía que solo podía concebirse a partir del propio financiamiento.²¹ Así, aunque por su acceso la Biblioteca Rivadavia era pública en tanto estaba abierta a “todo el vecindario”, su modalidad de sostenimiento económico era popular dado que sus recursos provenían de donaciones y de las

¹⁸ Gutiérrez, Leandro y Romero, Luis Alberto. *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2007.

¹⁹ Sobre la “lateralización” y el envejecimiento de la política en los espacios de sociabilidad moderna véase Leandro Losada. “La alta sociedad y la política en el Buenos Aires del novecientos: la sociabilidad distinguida durante el orden conservador (1880-1916)”. *Entre pasados*, año XVI, n° 31, comienzos de 2007. Buenos Aires, págs. 81-96.

²⁰ Véase Agesta, María de las Nieves. “Modernismo de gente bien. Asociacionismo intelectual y cultura de élite en Bahía Blanca (1882-1930)”. En *V Jornadas Nacionales de Historia Social*. Córdoba, Red Internacional de Historia Social y Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos Segreti”, 2015. (en prensa)

²¹ Véase Agesta, María de las Nieves. *Páginas modernas. Revistas culturales, transformación social y cultura visual en Bahía Blanca, 1902–1927*. Bahía Blanca, EdiUNS, 2016. (en prensa) En el caso bahiense no se produjo como, por ejemplo, en el tucumano, un debate en torno al carácter público o popular de la Biblioteca. Aunque los términos se usaban indistintamente, en ningún momento se cuestionó la administración privada de la institución. Cfr. Vignoli, Marcela. *Sociabilidad y cultura política. La Sociedad Sarmiento de Tucumán 1880-1914*. Rosario, Prohistoria, 2015.

A puertas abiertas. La Asociación Bernardino Rivadavia de Bahía Blanca: reformismo, distinción social y configuración urbana (1882-1930)

cuotas de ingreso, mensualidades y demás contribuciones de sus socios.²²

En su reglamento de 1882 la Asociación Bernardino Rivadavia estableció la existencia de solamente dos categorías de socios: activos y honorarios. La primera de ellas abarcaba a toda persona que, habiendo manifestado deseos de participar o mediante presentación de un socio, hubiera sido aceptada por el Consejo Directivo y hubiera pagado un peso en concepto de cuota de entrada. Una vez incorporada a la nómina de asociados, su continuidad dependía del pago de una contribución mensual de 60 centavos y del cumplimiento de las normas fijadas por el estatuto. Los socios honorarios, por su parte, era aquellos socios activos que hubieren prestado servicios importantes a la institución y que, por ello, hubieren sido distinguidos como tales por los organismos directivos. En 1893 la nueva normativa introdujo algunas modificaciones menores, como el aumento de los importes de las cuotas, y otras de mayor trascendencia como la creación de la figura del Abonado con la cual se aludía a toda persona que, a cambio de un peso mensual, podría llevar libros para leer fuera de las instalaciones de la Biblioteca. Se trataba de un socio sin derechos plenos que podía gozar de los beneficios del préstamo de material de lectura y sortear las obligaciones de elegir y ser elegido para desempeñar funciones directivas de manera gratuita. La institución quedaba, así, en manos de una fracción más o menos estable y reducida del conjunto societario que, paradójicamente, era la menos beneficiada por los servicios del préstamo bibliográfico ya que contaba con la posibilidad de adquirir sus propios libros.²³ De todas maneras, cabe recalcar que, si bien la figura del abonado persistió en el transcurso de los años, su representación disminuyó de forma considerable en el total de la masa de socios.

Los estatutos reformados de 1921 introdujeron, a su vez, nuevas modificaciones en el régimen de asociación que restringieron levemente la amplitud de las disposiciones originales²⁴ al contemplar su dimensión ética, su modo de subsistencia y la presentación y aceptación por parte de quienes ya integraban el organismo. Asimismo, y aunque la cuota mensual seguía siendo módica, la participación efectiva exigía un cierto desahogo económico que permitiera disponer de tiempo libre para ejercer las funciones que determinara la Comisión e, incluso, para ocupar los cargos que se le asignaran. Esto no impidió que la cantidad de socios creciera como nunca antes durante esta década hasta alcanzar el número de 1.352 en 1930, un número igualmente reducido si se consideran los casi 65.000 habitantes que las proyecciones estadísticas estiman que residían en la zona urbana de Bahía Blanca hacia 1928.

²² Artículo nº 3, *Reglamento de la Asociación Bernardino Rivadavia*, Buenos Aires, Pablo Coni, 1883, p. 3.

²³ Véase *Libro de Actas del Consejo Directivo de la Asociación Cultural de Bahía Blanca*. Op. cit., f. 86.

²⁴ *Estatutos de la Asociación Bernardino Rivadavia probados en la Asamblea General Extraordinaria efectuada los días 25 y 27 de febrero de 1920*. Bahía Blanca, Palumbo y Rojlin, 1921, pág. 5.

Como hemos analizado en otras ocasiones,²⁵ durante los años que nos competen y en especial a partir de 1920, la conducción de la entidad estuvo en manos de un grupo relativamente estable de personas entre la que se destacaron algunos individuos como Enrique Julio, Emilio E. Díaz o Francisco Cervini. Su preeminencia da cuenta, sin dudas, del proceso de inserción social y de afianzamiento de los sectores profesionales arribados a la ciudad como consecuencia del crecimiento socioeconómico y demográfico.²⁶ De formación docente normalista el primero, escribano el segundo y abogado el tercero, todos ellos tuvieron una intensa actividad pública en la prensa, en la administración municipal y/o en diversas instituciones bahienses. De este modo, podemos suponer que el trabajo voluntario en la Asociación era concebido como un factor más en un proyecto civilizatorio que la excedía y en el cual ciertos hombres dotados de un capital educativo y cultural diferencial se sentían llamados a desempeñar una función rectora y, en consideración del cual, reivindicaban un lugar entre los grupos encumbrados de la sociedad.

La misión pedagógica de alcance popular que se atribuía a la Biblioteca Rivadavia implicaba, de hecho, un compromiso con el proyecto nacional de alfabetización y formación de los ciudadanos y venía a suplir, en cierta medida, las carencias del propio Estado en materia educativa. En este sentido, su existencia estuvo marcada por la tensión entre la reivindicación de autonomía y los reclamos de apoyo gubernamental a través de la política de subsidios. En efecto, en las disposiciones estatutarias de 1920 regularon de manera explícita las subvenciones nacionales, provinciales o municipales que se recibieren y la gestión de ayudas financieras de distintas instancias estatales fue una parte importante de las tareas desarrolladas por las Comisiones Directivas a lo largo del período. El atraso en el pago de las cuotas²⁷ y la variabilidad de los montos, sobre todo, en el caso de la Comuna, tornaba insuficiente los fondos y requería de la búsqueda permanente de contribuciones privadas alternativas. Sobre las élites reunidas en asociaciones civiles recaía, así, la responsabilidad del sostenimiento y la conducción las instituciones culturales, especialmente en lugares alejados de los centros de consumo y producción intelectual como el interior bonaerense. El Estado cedía allí sus prerrogativas en cuestiones educativas y de formación de la ciudadanía, contribuyendo, de este modo, por omisión a consolidar la posición de los grupos letrados en las sociedades locales.

²⁵ Agesta. *Modernismo de gente bien*. Op. cit.

²⁶ La creación de los Tribunales Federales en 1902 y los de Costa Sud con cabecera en Bahía Blanca en 1905, fue un factor de atracción de sectores profesionales, es especial de abogados, escribanos y contadores.

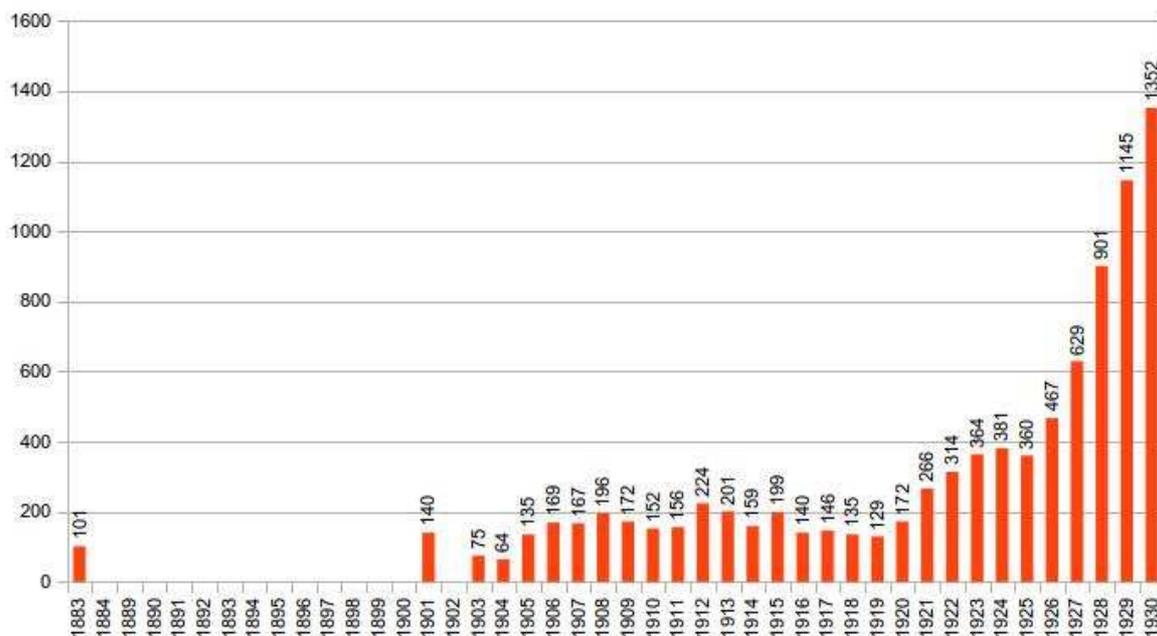
²⁷ En 1927 la prensa señalaba que “de las subvenciones la única que se cobra con puntualidad es la municipal. De la subvención nacional hay sin cobrar los meses de mayo a diciembre de 1925 y de enero a diciembre de 1926. De la subvención provincia están sin cobrar 7 meses de 1925 y todo el año último. “Asociación Bernardino Rivadavia”. *El Atlántico*, año 8, nº 2405, 1 de enero de 1927. Bahía Blanca, pág. 5

A puertas abiertas. La Asociación Bernardino Rivadavia de Bahía Blanca: reformismo, distinción social y configuración urbana (1882-1930)

Si Mahoma no va a la montaña...

El fomento de la cultura popular y la extensión de los hábitos y los productos intelectuales que se habían propuesto los miembros de la Asociación Bernardino Rivadavia desde sus estatutos, intentaron llevarse a cabo a partir del desarrollo de sucesivos proyectos y campañas mediante los cuales la dirigencia intentó paliar el escaso y fluctuante número de lectores y asociados. Más allá de la visibilidad que tenía la institución en los órganos de prensa y en los ámbitos encumbrados de la sociedad bahiense, lo cierto es que las reiteradas quejas por el desinterés que demostraba la ciudadanía hacia ella se correspondía con los bajos índices de afiliación y de consulta de libros. En efecto, mientras al momento de su fundación el 3,15% de la población del partido figuraba como socio activo, en 1925 sólo el 0,39 % lo hacía. [Gráfico 1] Aunque las cantidades se incrementaron en términos absolutos, el crecimiento demográfico exponencial

Gráfico 1. Número de socios de la Biblioteca Bernardino Rivadavia por año



Los datos sobre el número de asociados fueron extraídos de "La obra cultural de la Biblioteca Rivadavia". *La Nueva Provincia*, año 33, n° 10926, 15 de agosto de 1930. Bahía Blanca, pág. 9. [No contamos con información para el período 1884-1901]

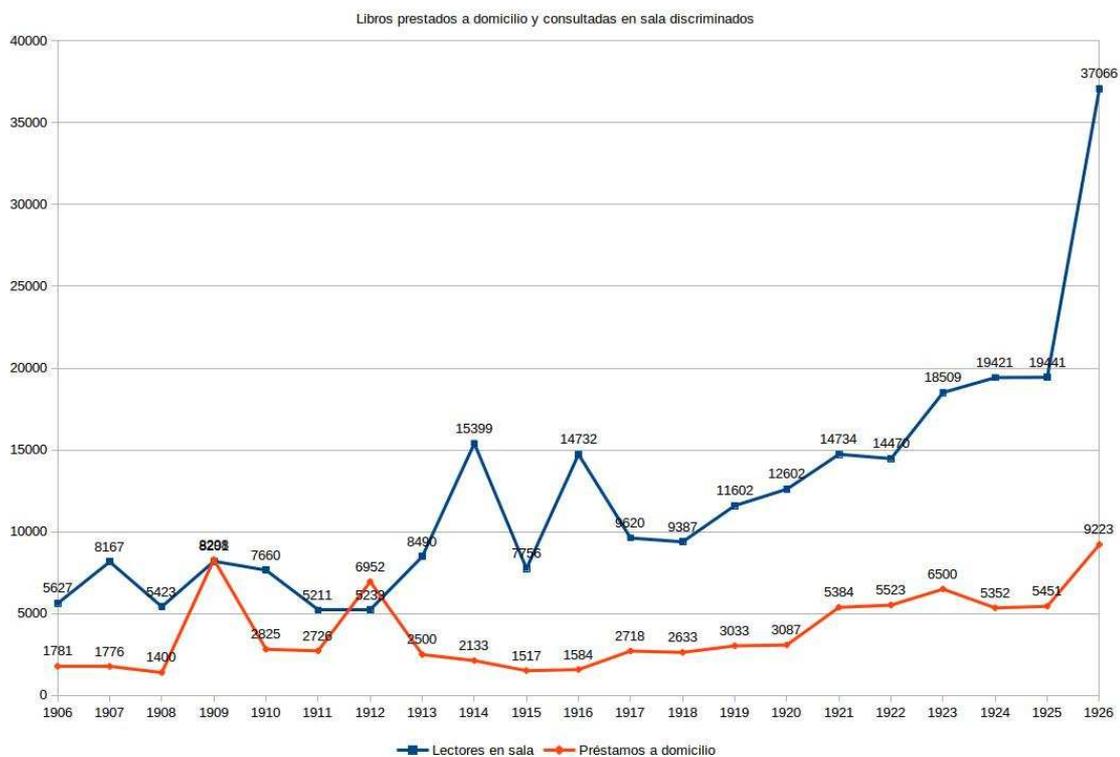
que se estaba produciendo en la localidad relativiza las apreciaciones referidas al apoyo social que recibía la entidad.

Tal como hemos analizado en otras oportunidades,²⁸ a principios del siglo XX el público lector no había crecido aún en Bahía Blanca de la manera explosiva que la historiografía atribuye a la Capital Federal. Los datos indican, por el contrario, que el mayor aumento del número de lectores se produjo hacia mediados de la década de 1920, a medida que se fue expandiendo la escolarización y de manera concomitante a la proliferación de publicaciones locales. [Gráfico 2] En este contexto, se insertaron las campañas de afiliación promovidas por la Asociación

²⁸ Agesta. *Páginas modernas*. Op. Cit.

y la implementación de soluciones novedosas, como la instalación de bibliotecas en el espacio público. Este proyecto fue presentado por Francisco Loge en 1927 y consistía en la creación de una biblioteca al aire libre en la Plaza Rivadavia, situada en el centro de la ciudad, que sería inaugurada el 16 de julio como parte de los festejos del aniversario institucional. Con la autorización y el apoyo económico de la Municipalidad, el Consejo Directivo proponía la construcción de un kiosco destinado a contener un número selecto de libros que los interesados podrían retirar durante siete horas diarias repartidas en dos turnos.²⁹ Si los lectores no iban a la biblioteca, sería ésta entonces quien iría hacia los lectores mediante la irrupción en el espacio compartido. Ciertamente, junto a este plan se pusieron en funcionamiento otras medidas como la instalación de cartelera de propaganda en la fachada del edificio.

Gráfico 2. Libros consultados y prestados por año



Frente a la reiterada ineficacia de estas propuestas, la ABR propuso una modificación sustancial en la política de préstamos implementada que se concretó en la creación de una Biblioteca Circulante, una Biblioteca Escolar Ambulante y de una Biblioteca Infantil, orientadas a captar los nuevos lectores formados por la escuela pública. Hasta entonces y durante mucho tiempo después la mayor parte de las consultas se realizaban en sala el préstamo a domicilio se limitaba a las novelas. En julio de 1916, sin embargo, la puesta en funcionamiento de un servicio de abonados diferenciados por categoría –A y B–

²⁹ Libro de actas de sesiones del Consejo Directivo de la Asociación Bernardino Rivadavia 1922-1930. Bahía Blanca, Asociación Bernardino Rivadavia, 8 de marzo de 1927, f. 111.

A puertas abiertas. La Asociación Bernardino Rivadavia de Bahía Blanca: reformismo, distinción social y configuración urbana (1882-1930)

pretendió ampliar estas condiciones en tanto “el fin de las bibliotecas populares no se cumple si aquellas no logran difundir por todos los medios á su alcance, en todas las clases sociales el hábito de la lectura”.³⁰ Al finalizar la década, esta prestación se consolidaría a partir de la elaboración de un reglamento especial que, si bien fue aprobado en 1921, suscitó desde 1919 la atención de los medios periodísticos locales. El diario de filiación conservadora *Bahía Blanca* aprovechó la ocasión para plantear una distinción entre las bibliotecas “monumentales” y las “populares”, ambas de carácter público. Según su concepción:

Las primeras son aquellas cuyo objeto principal es el de servir de depósitos ordenados de conservación y custodia de libros, que ya, por revestir cualquiera de las viejas formas externas de él, piedra, barro cocido, metal, papiro, liber o pergamino, ya por ser manuscritos o ya por hallarse agotadas sus ediciones o por componerse de gran número de tomos, su reposición es imposible en caso de pérdida, deterioro o sustracción. Son las segundas aquellas que, a dicho objeto reúnen, en la misma proporción, el de vulgarizar la cultura en las clases sociales más necesitadas de ella, o bien aquéllas que siendo el mayor número o todos sus libros de fácil reposición, tienen esta última finalidad como objetivo de su existencia.³¹

Frente a la función de conservación primordial para las grandes bibliotecas estatales, las populares tendrían como principal objetivo llevar hasta el “hogar mismo del ciudadano” el “bálsamo redentor de la lectura” y, por ello, el préstamo de libros a domicilio era considerado una necesidad antes que una posibilidad. En esta instancia, el diario citaba las palabras de Sarmiento, diciendo:

“(…) las Bibliotecas populares han de ser públicamente administradas y sus libros prestados a sus lectores para llevarlos a sus casas, único lugar donde leemos; pues, es quimera que nadie ha pretendido hacer realidad, el que los vecinos, el niño, la joven, salgan de sus casas a sentarse en bancos helados y duros, a horas determinadas por leer un libro. El libro en la habitación doméstica, es una esponja que embebe los momentos perdidos, echado como por accidente sobre una mesa; es otras veces antídoto contra el fastidio y cerca de la cama un narcótico o un estimulante contra el sueño.”³²

Aunque estas razones fueron las mismas esgrimidas por el Consejo, entre las motivaciones de este último se encontraban también otras de orden patrimonial dado que, permitiendo a los afiliados llevar los libros a sus casas, se pretendía evitar el robo de ejemplares que disminuían año tras año. Teniendo en cuenta estas finalidades, es que se redactó la norma que incluía veintidós artículos. En ellos se establecía que no todo el material bibliográfico estaría disponible para la circulación sino tan solo aquel cuyo su deterioro, extravío o destrucción no implicara una pérdida irreparable. Los abonados -hombre o mujer residentes en

³⁰ *Libro de actas del Consejo Directivo de la Asociación Bernardino Rivadavia 1915-1922*. Bahía Blanca, Asociación Bernardino Rivadavia, 10 de julio de 1916, f. 28.

³¹ “Biblioteca Bernardino Rivadavia. Proyecto de préstamo de libros”. *Bahía Blanca*, año 14, n° 3921, 29 de agosto de 1919. Bahía Blanca, pág. 3.

³² *Ibidem*.

la ciudad de cualquier condición social y mayores de 12 años de edad- podrían retirar por quince días un único volumen a cambio de un 1 peso mensual, en el caso de que quisieran usufructuar todas las categorías, y de 50 centavos, en el de que prefirieran usufructuar únicamente la sección “Lectura para familias”.³³ Además, por medio de la reglamentación se intentaban introducir pautas de cuidado y de reverencia hacia los libros (no mancharlo, no romperle hojas o tapas, etc.) que fueron reiteradas a propósito de la puesta en funcionamiento de la Biblioteca Escolar Ambulante en 1930.³⁴ Esta última tenía como objetivo “la propagación del libro entre el alumnado de las escuelas oficiales de la ciudad” y consistía en la entrega de dos colecciones de ejemplares selectos para niños que se enviarían por turno a los colegios dependientes del Consejo Escolar. El material permanecería en ellos por el término de un mes al finalizar el cual sería llevado a otro establecimiento; mientras tanto los estudiantes podrían retirarlo gratuitamente para leer en sus domicilios. Escuela y biblioteca popular funcionarían, así, de manera articulada para estimular la lecto-escritura y difundir los saberes letrados entre los futuros ciudadanos a partir de un programa de textos escogidos por los miembros de la Asociación cuya autoridad sobre esas cuestiones aparecía como incuestionable.

El mundo infantil ya había sido objeto de la atención del C.D. en 1925 cuando, por iniciativa de Francisco Loge,³⁵ se decidió crear una sala de lectura para niños equipada con bibliografía apropiada a su edad que funcionaría todos los días hábiles de 9 a 11 hs. De acuerdo al artículo del diario porteño *La Prensa* que la ABR citó en un suelto propagandístico

Inculcar a los niños el amor a la lectura es una sagrada obligación que deben empeñarse en cumplir padres y maestros. Desgraciadamente tan nombre hábito y del cual se derivan grandes beneficios e intensos goces para la vida, no es fácil hacerlo arraigar en los espíritus infantiles si no se les familiariza con los libros y se les enseña que son éstos buenos compañeros y leales amigos. Para conseguir

³³ “Reglamento para la biblioteca circulante de la Asociación Bernardino Rivadavia”. *Nuevos tiempos*, año 8, n° 459, 8 de julio de 1921. Bahía Blanca, pág. 3, *Nuevos tiempos*, año 8, n° 460, 12 de julio de 1921. Bahía Blanca, pág. 2, *Nuevos tiempos*, año 8, n° 461, 16 de julio de 1921. Bahía Blanca, pág. 2 y *Nuevos tiempos*, año 8, n° 463, 23 de julio de 1921. Bahía Blanca, pág. 3.

³⁴ Véase el reglamento de dicho proyecto en *Libro de actas de sesiones del Consejo Directivo de la Asociación Bernardino Rivadavia 1922-1930*. Bahía Blanca, Asociación Bernardino Rivadavia, 3 de febrero de 1930, f. 110.

³⁵ Francisco Loge nació en Olavarría en 1891. Habiendo cursado estudios primarios incompletos, se trasladó a Bahía Blanca donde instaló una peluquería. En 1928 se incorporó a la ABR como empleado administrativo y luego administrador. Estuvo ligado a la actividad deportiva de la ciudad como socio fundador del Club Liniers y gerente de la Liga del Sud. También se desempeñó como periodista deportivo en el diario *La Nueva Provincia* y fue uno de los gestores del Círculo de Periodistas Deportivos de Bahía Blanca en 1942. Afiliado al Partido Socialista, se involucró en el movimiento cooperativista desde donde trabajó a favor de la creación de la Cooperativa Obrera local en 1922, sociedad en la que se ocupó diversas posiciones jerárquicas. Murió en Bahía Blanca en 1960.

A puertas abiertas. La Asociación Bernardino Rivadavia de Bahía Blanca: reformismo, distinción social y configuración urbana (1882-1930)

este resultado es necesario que las recomendaciones y los consejos del hogar y la escuela estén auxiliados hoy por el servicio eficaz de las bibliotecas infantiles.³⁶

Igual función moralizadora se les atribuía en la reinserción de los convictos y, por ello, se procuró también colaborar con la cárcel local propendiendo la fundación de una biblioteca para detenidos y proveyéndola regularmente de libros.³⁷ El modelo normalizador de la prisión moderna concebía a la lectura como “bálsamo redentor” y como instrumento de reintegración a la vida cotidiana una vez abandonado el presidio. Por esta razón, su promoción suponía una contribución al mejoramiento de la sociedad.

De este modo, la labor de reforma cultural propuesta por la Asociación se enlazaba con los proyectos de reforma educativa, política y social. Haciendo de la cultura letrada la clave del avance civilizatorio, la entidad se colocaba a sí misma en una posición superioridad fundada en los créditos intelectuales de sus integrantes que la convertía en árbitro³⁸ de los asuntos culturales. Desde el punto de vista formal, esta voluntad de centralización se concretó en la configuración de una red institucional que la vinculaba mediante lazos de colaboración y dependencia con otras agrupaciones de la ciudad.

Del centro a los barrios. Redes institucionales, geografías culturales

Desde la modificación estatutaria de 1920, la Asociación había ampliado sus fines para incluir no sólo la labor bibliotecaria sino también el “el desarrollo de las ciencias, letras y bellas artes, y la difusión en el pueblo de los conocimientos del saber humano en sus diversas manifestaciones”.³⁹ De acuerdo con ello, las actividades organizadas se fueron diversificando para abarcar distintas disciplinas y nuevas zonas del espacio urbano. A fin de promover este objetivo y afirmar el rol de liderazgo de la entidad frente a otras análogas existentes en la ciudad, el título VII “De los actos públicos” del reglamento de 1920 establecía un régimen de adhesiones según el cual

el C.D. podrá aceptar la incorporación al seno de la Asociación ya sea con carácter autónomo o como dependiente de ella a las instituciones u otras asociaciones que

³⁶ Suelto propagandístico incluido en *Correspondencia recibida. Diciembre de 1924 a junio de 1926*. Bahía Blanca, Asociación Bernardino Rivadavia, 31 de octubre de 1925.

³⁷ Carta del alcalde de la Cárcel Departamental Costa Sud al presidente de la Asociación Bernardino Rivadavia, Bartolomé Ronco. En *Correspondencia recibida. Diciembre 29 de 1914 a noviembre 29 de 1915*. Bahía Blanca, Asociación Bernardino Rivadavia, 20 de agosto de 1915.

³⁸ De acuerdo a Zygmunt Bauman, “lo que mejor caracteriza la estrategia típicamente moderna del trabajo intelectual es la metáfora del papel de “legislador”. Éste consiste en hacer afirmaciones de autoridad que arbitran en controversias de opiniones y escogen las que, tras haber sido seleccionadas, pasan a ser correctas y vinculantes. La autoridad para arbitrar se legitima en este caso por un conocimiento (objetivo) superior, al cual los intelectuales tienen un mejor acceso que la parte no intelectual de la sociedad.” Bauman, Zygmunt. *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*. Universidad de Quilmes, Buenos Aires, 1997, pág. 13.

³⁹ Artículo 1. *Estatutos de la Asociación Bernardino*. 1921, pág. 3.

tengan cualquiera de estos propósitos. El C.D. también podrá designar comisiones especiales dedicadas exclusivamente a tales finalidades.⁴⁰

Los artículos siguientes puntualizaban las condiciones de dicha afiliación que sometía a la institución dependiente a los estatutos de la ABR, tanto en lo referido a los derechos asignados a sus socios como a las obligaciones y contribuciones a ellos impuestos. Los artículos 62 y 63 indicaban, sin embargo, que la institución adherente conservaría la independencia para arbitrarse recursos propios, elegir su Comisión Directiva -que sería considerada como una de las comisiones especiales mencionadas más arriba- y mantener sus estatutos y reglamento propios, siempre y cuando su programa de acción fuera aprobado en cada caso por el Consejo Directivo de la Rivadavia.

La primera agrupación en solicitar la adhesión formal y sostenerla de modo continuado fue el Centro instructivo y recreativo Fiat Lux del barrio de Tiro Federal⁴¹ que, bajo la dirección de Primo Gamberini, fundó en mayo de 1926 una sala de lectura con el apoyo de la institución céntrica. [Imagen 1].



Imagen 1. *Fomento*, año 2, n°30, 10 de abril de 1927. Bahía Blanca (Villa Mitre), pág. 13.

Creado el 23 de abril de 1917 por la “juventud obrera”, este centro llevó adelante una intensa labor educativa y moralizadora de carácter reformista, centrada en la propaganda antialcoholista realizada por intermedio de su Comisión de Templanza y en el

mejoramiento de las condiciones de vida de la villa.⁴² Aunque próxima a la sensibilidad socialista, esta asociación reclamó explícitamente su independencia respecto de este partido que tanta injerencia tenía en esa zona.⁴³ Se trataba, entonces, de una organización de base territorial e impulso fomentista como las que, según Luis Alberto Romero, caracterizó el mundo asociativo de entreguerras en los conglomerados urbanos del país.⁴⁴

⁴⁰ Artículo 60. *Ídem*.

⁴¹ Entre las calles Balboa, Agustín de Arrieta, Azara y Parchappe se ubica el barrio de Tiro Federal de Bahía Blanca. Sus orígenes están asociados a la creación del polígono del Club del mismo nombre cuya fecha fundacional, 28 de agosto de 1897, se identifica con la de la barriada. Ligado al ferrocarril y al desarrollo del modelo agroexportador, hacia principios del siglo XX se vieron incrementadas de manera considerable la actividad laboral y económica y, en consecuencia, la densidad demográfica del área donde, para entonces, se habían instalado barracas y depósitos destinados a almacenar productos para la importación o la exportación. De acuerdo con ello, con una composición mayormente obrera, se multiplicaron con celeridad los espacios de participación y socialización vecinal, entre los cuales se encontraba el Centro Fiat Lux y, en 1925, el Club Tiro Federal. Cernadas, Mabel, Marcilese, José y Suárez, Alejandro. *Tiro Federal. El relato de su historia en la memoria de sus vecinos*. Bahía Blanca, ed. de autor, 2008.

⁴² Véase *Nuevos tiempos*, año 10, n° 655, 4 de julio de 1923. Bahía Blanca, pág. 3.

⁴³ Puede consultarse la solicitada emitida por el Centro en *Nuevos tiempos*, año 10, n° 655, 4 de julio de 1923. Bahía Blanca, pág. 3.

⁴⁴ Romero, Luis Alberto. “El Estado y las corporaciones”, en Di Stefano, Roberto, Sabato, Hilda, Romero, Luis Alberto y Moreno, José Luis. *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en la Argentina, 1776-1990*. Buenos Aires, Edilab, 2002, pág. 176.

A puertas abiertas. La Asociación Bernardino Rivadavia de Bahía Blanca: reformismo, distinción social y configuración urbana (1882-1930)

Sin embargo, confirmando la cercanía con el socialismo, fue el consejero Francisco Loge quien formuló y presentó el proyecto de colaboración entre Fiat Lux y la Biblioteca Rivadavia para crear una sala pública de lectura. Loge, al igual que Agustín de Arrieta, fueron miembros usuales del organismo directivo de la ABR y mantuvieron una intensa actividad como militantes del Partido Socialista. No es casual, por ende, que fueran ellos quienes integraran las comisiones específicas que, al interior de la Asociación, tenían a su cargo las tareas de extensión, como convenios o conferencias. Este tipo de iniciativas coincidían, de hecho, con las encabezadas por los socialistas a través de su Centro y del Ateneo Popular así como con la posición que respecto de los asuntos culturales y pedagógicos asumían desde las páginas de su órgano periodístico oficial. Desde su aparición en 1916 bajo el nombre de *Lucha de clases* y luego con la denominación de *Nuevos tiempos*, este medio reiteró en numerosas ocasiones su preocupación por estimular la educación popular a partir de la lectura, la promoción de la escuela pública y la multiplicación de las bibliotecas populares. En este sentido, sus opiniones se correspondían con el programa social de la línea reformista del socialismo que, como señala Eduardo Zimmermann,⁴⁵ contaba con también la simpatía de los sectores intelectuales de corte liberal. No es extraño, por lo tanto, que ambos grupos convivieran en el seno de las Comisiones Directivas de la ABR y compartieran los criterios referidos a la dirección que debían asumir las políticas institucionales.

Partiendo de las bases redactadas por la comisión *ad hoc* compuesta por Loge y Prudencio Cornejo, el acuerdo interinstitucional definitivo aprobado en junio de 1926 establecía:

1º. La Asociación Bernardino Rivadavia admite como socio en el carácter de entidad adherida al Centro Fiat Lux.

2º. La Asociación Bernardino Rivadavia proveerá al Centro Fiat Lux de cien volúmenes renovables cada vez que sea necesario y de un mueble para contenerlos y conservarlos. Así mismo lo proveerá también de algunos diarios y revistas para la sala de lectura. Queda entendido que tanto los libros como mueble y revistas y periódicos los proveerá la asociación a título de préstamo.

3º. El Centro Fiat Lux se compromete a abrir la sala de lectura una hora diaria durante la noche así como también a prestar los libros de que se les provee a sus asociados o los de la Asociación mediante el abono de diez centavos por cada libro que establece el reglamento de la sección circulante de la Biblioteca Rivadavia.

4º. En lo que respecta a los libros el Centro Fiat Lux se deberá regir por los reglamentos de la Biblioteca circulante de la Asociación de la parte pertinente.

5º. La Asociación se reserva el derecho de dejar sin efecto este convenio con el Centro Fiat Lux en el momento que a su juicio la afiliada no cumpliera los fines que se han tenido en cuenta al celebrarlo.

De este modo, la Asociación céntrica se comprometía a compartir su material bibliográfico y hemerográfico y a dotar la sala barrial del amoblamiento necesario para su funcionamiento. Es interesante señalar que, entre el borrador inicial y la

⁴⁵ Zimmermann. *Los liberales reformistas*. Op. cit.

versión final, existían importantes divergencias relacionadas, sobre todo a la implementación de la biblioteca circulante. Aunque los debates no quedaron registrados en las actas, podemos suponer que en el intercambio se planteó la posibilidad de extender la figura del abonado a los socios del Fiat Lux a fin de compensar el escaso tiempo disponible para la lectura *in situ*. Así, a cambio del pago de 10 centavos por ejemplar los lectores podían llevar los libros a sus domicilios y disfrutar allí de ellos. La selección de los volúmenes al igual que el sostenimiento del convenio era prerrogativa exclusiva de la ABR quien se reservaba el derecho de revocarlo en caso de que no se “cumpliera con los fines que se han tenido en cuenta al celebrarlo”.

Si bien la articulación entre ambas entidades se mantuvo hasta, al menos, el final de nuestro período, su escasa repercusión entre los destinatarios previstos implicó continuos reclamos por parte del Consejo Directivo de la Rivadavia que instaba al Centro tirense a intensificar la propaganda para aumentar el caudal de público. Primo Gamberini, de hecho, concurrió en algunas ocasiones a las reuniones ordinarias a fin de dar explicaciones acerca del “ínfimo” movimiento bibliográfico⁴⁶ y poner a disposición de los dirigentes el material otorgado en préstamo. El Consejo, que finalmente decidió dejar los libros facilitados en el Centro mientras no fueran necesarios en su sede, atribuía el problema al desinterés de los asociados, a su falta de estímulo intelectual. Sin embargo, la comparación con los índices parciales de otras bibliotecas barriales como la del Centro Cultural Las Villas de Villa Mitre muestra una mayor afluencia de lectores que en 1924 alcanzó un promedio mensual de más de 200 asistentes y 40 volúmenes prestados a domicilio. En este sentido, el horario reducido de atención y el carácter descendente del programa implementado por la Asociación parecen haber confabulado contra las posibilidades de éxito de la propuesta.

A pesar de esta primera y accidentada experiencia, sería recién hacia 1930, al final del período que nos ocupa, que el proyecto de adhesión institucional se desarrollaría con mayor amplitud y precisión. Con motivo de la solicitud de incorporación de la Asociación Cultural,⁴⁷ el Consejo resolvió regularizar los

⁴⁶ Si bien no contamos con datos exhaustivos acerca del movimiento de libros en la sala de lectura del Centro, la información dispersa disponible da cuenta de esta escasez de público. Entre el 10 de junio y el 31 de julio de 1926, por ejemplo, prestó 32 volúmenes a domicilio y atendió a 210 lectores en sala. A partir de allí, los números descendieron considerablemente y ya en el mes de agosto los concurrentes fueron sólo 147.

⁴⁷ Sobre la Asociación Cultural pueden consultarse Agesta, María de las Nieves. “Del club social al asociacionismo cultural: La Asociación Cultural de Bahía Blanca (1919-1927)”, en Margarita Conte de Fornés, Beatriz et. al. (coord.). *Calidoscopio del pasado. XIV Jornadas Interescuelas de Historia – Departamento de Historia*. Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras, UNCuyo, 2014. Disponible en:

<http://jornadas.interescuelashistoria.org/public/ficha/resumenes/ficha.php?idresumen=1264>;

Agesta, María de las Nieves. “Entre el asociacionismo cultural y el impulso estatal. Los primeros salones y los intentos de institucionalización de la plástica en Bahía Blanca (1924-1926)”, en Miralles, Glenda, Perren, Joaquín, Ruffini, Martha (coord.). *Sextas Jornadas de historia de la Patagonia “Pasado y Presente: encuentro entre las Ciencias Humanas y Sociales con la Historia”*. Neuquén, EDUCO-Universidad Nacional de Comahue, 2015 y Agesta. “Modernismo de gente bien...”. Op. cit.

A puertas abiertas. La Asociación Bernardino Rivadavia de Bahía Blanca: reformismo, distinción social y configuración urbana (1882-1930)

procedimientos de adhesión mediante la redacción de un reglamento específico destinado a ampliar lo contenido en los estatutos. Así, el 26 de diciembre de ese año se consideró y se aprobó el proyecto presentado por la Comisión *ad hoc* que establecía que aquellas entidades que desearan incorporarse deberían solicitarlo por escrito, entregando sus estatutos Consejo Directivo quien, luego de estudiarlos, manifestaría su parecer de acuerdo a si se ajustaban o no a las finalidades de la ABR. Además, disponía que

Art. 3º. El C.D. ejercerá la superintendencia de las entidades incorporadas, a objeto de controlar si funcionan de acuerdo a sus estatutos y cumplen las finalidades establecidas en los mismos.

Art. 4º. El C.D. designará de su seno, en cada caso, uno o más miembros para el control a que se refiere el artículo anterior, con facultad de asistir con voz consultiva a las reuniones de las directivas de las entidades incorporadas.

Art. 5º. Si para llenar sus fines las entidades incorporadas necesitaren hacer uso de las dependencias de la Asociación, deberán solicitarlas, en cada caso y someterse a los reglamentos en vigencia.

Art. 6º. Es facultad del C.D. dejar sin efecto la incorporación de las entidades afiliadas, cuanto éstas no llenaren debidamente el objeto de su afiliación.

Art. 7º. Las entidades afiliadas deberán elevar anualmente al C.D. una memoria de las actividades que desarrollan.

Art. 8º. Los miembros del C.D. de la Asociación Bernardino Rivadavia que formen parte del C.C.D.D. de sociedades adheridas o que soliciten adhesión, no podrán votar, en el Consejo Directivo, cuando se traten asuntos concernientes a dichas sociedades. Toda votación será secreta.⁴⁸

De esta manera, las instituciones afiliadas quedaban de hecho subordinadas en parte a la Asociación céntrica, dado que renunciaban a su autonomía y al derecho de decidir sobre sus asuntos desde el momento de la incorporación misma y se sometían al control regular de la entidad receptora no obteniendo a cambio más que su respaldo simbólico y la posibilidad de utilizar sus dependencias. La efectiva integración de la Asociación Cultural resuelta en esa misma reunión extraordinaria vino a consolidar la estructura centralizada de gran parte del campo de la cultura local. La red informal que hacía de la Rivadavia su referente fue adquiriendo cada vez mayor formalización hasta concretarse a nivel normativo y operativo por medio de la unión de las dos entidades de mayor relevancia y duración que existían en Bahía Blanca. Mientras esta fusión permitía la constitución de un frente común que consolidaba el lugar rector de la Rivadavia en el ámbito de las elites, el nexos con las instituciones barriales confirmaba la vigencia de una concepción paternalista y descendente de los vínculos culturales entre ellas y los sectores populares. De este modo, se definía una geopolítica urbana donde las zonas periféricas alejadas de los puntos de poder político y socio-económico de la ciudad eran también consideradas en términos desventajosos y pasivos respecto de los grupos letrados concentrados en las instituciones del centro urbano.

⁴⁸ Libro de actas de sesiones del Consejo Directivo de la Asociación Bernardino Rivadavia 1922-1931. Bahía Blanca, Asociación Bernardino Rivadavia, 26 de diciembre de 1930, f. 177.

Entre la palabra y la imagen: las actividades de extensión cultural

En 1901, el comerciante bahiense Avelino Sandoval en una misiva dirigida al Consejo de la Asociación, afirmaba, luego de manifestar su apoyo a la labor realizada hasta el momento, que

La misión de quienes dirigen esas agrupaciones en países embrionarios como el nuestro, opino, no debe limitarse á proporcionar elementos de lectura, debe cubrirse el vacío de quienes saben menos, y, al efectuar la propaganda del misionero del bien, inscribir en su estandarte la civilización y el trabajo como regeneradores (...) de la ignorancia.

Enseñar á leer en conferencias públicas, sería favorecer el camino á recorrer para nuestro futuro engrandecimiento, y, mañana, cuando las masas del pueblo argentino sepan leer y pensar, se habrán atenuado, de nuestra Historia contemporánea, errores - vergüenza del presente- porque han producido males sin cuenta, que solo la civilización puede aminorar, haciéndonos reaccionar, en verdad, de nuestro mal nombre de hoy.⁴⁹

La carta de Sandoval resumía en pocas palabras el sentir de los mismos directivos de la Asociación para quienes la tarea de difusión de la cultura emprendida por la biblioteca debía exceder la promoción de la lectura. La divulgación del conocimiento entre las “clases desheredadas” demandaba, por lo tanto, el desarrollo de diversas estrategias que recurrieran tanto a la palabra escrita como la oralidad. En este sentido, la organización de conferencias fue una práctica frecuente que, desde los inicios, estuvo presente en la agenda institucional.

Recuperando las experiencias socialistas y anarquistas, en 1923 la Asociación convocó en el radio céntrico una serie de charlas al aire libre que estuvieron a cargo de Esteban Rigamonti, Justo Mouzo y Prudencio Cornejo y versaron sobre cuestiones relativas a la educación popular. Sin embargo, ya en varias ocasiones antes de esta fecha, la biblioteca había intentado implementar un programa de disertaciones públicas que solo pudo adquirir continuidad a partir de 1924 luego de aprobado un nuevo proyecto de Loge.⁵⁰ De esta manera, se cumplimentaban los objetivos planteados en la reforma estatutaria de 1921 donde se establecía que el Consejo Directivo propiciaría “por todos los medios a su alcance la organización de cursos de enseñanza científica o literaria o de bellas artes; la realización de conferencias públicas sobre temas de igual naturaleza,

⁴⁹ Carta de Avelino Sandoval al presidente de la Asociación Bernardino Rivadavia. *Correspondencia y documentos varios. 1890- 1908*. Bahía Blanca, Asociación Bernardino Rivadavia, 15 de julio 1901.

⁵⁰ *Libro de actas de sesiones del Consejo Directivo de la Asociación Bernardino Rivadavia 1922-1930*. Bahía Blanca, Asociación Bernardino Rivadavia, 12 de agosto de 1924, f. 45. En 1913 se había propuesto un programa de conferencias públicas que no tuvo la continuidad deseada. Igualmente, desde su fundación, las salas de la biblioteca fueron concedidas en préstamo a otras instituciones para realizar sus propios eventos de los cuales la Asociación funcionaba, muchas veces, como patrocinadora. *Libro de actas de sesiones del Consejo Directivo de la Asociación Bernardino Rivadavia 1909-1915*. Bahía Blanca, Asociación Bernardino Rivadavia, 19 de abril de 1913, f. 45.

exhibiciones científicas y artísticas, audiciones musicales, etc.” de carácter de gratuito y popular.⁵¹

Como señala Juan Suriano,⁵² la confianza en el poder de la palabra como herramienta de instrucción y adoctrinamiento y la atracción atribuida a la dimensión performática del orador fueron el fundamento de una auténtica “cultura de la conferencia” que se instaló en la Buenos Aires de entresiglos.⁵³ El entusiasmo por las lecturas públicas y las disertaciones se extendió entre los diversos sectores sociales y políticos y fue configurando, de acuerdo a este autor, dos circuitos diferenciados en relación permanente: uno literario destinado a un público de clase media más reducido y refinado⁵⁴ y otro popular orientado a los trabajadores y gestionado por anarquistas y socialistas. Sin dudas, esto es verificable a grandes rasgos, tanto en la Capital como en las provincias: el Centro Socialista de Bahía Blanca y su Ateneo Popular, por mencionar solo un ejemplo, desarrollaron un activo programa destinado a los obreros, mientras que instituciones dedicadas a los sectores burgueses como la Asociación Cultural de esta localidad procuraron comprometer a figuras de alcance nacional para disertar sobre temáticas vinculadas a la “alta cultura”.⁵⁵

El caso de las bibliotecas populares y públicas constituye, sin embargo, una instancia intermedia entre ambos modelos ya que, lideradas por grupos de las burguesías ilustradas, estas instituciones concibieron a la conferencia como un medio de transferencia de cultura hacia el pueblo. Así lo demuestran Marcela Vignoli en su estudio sobre la Biblioteca Sarmiento de Tucumán y Sandra Fernández a propósito de la Biblioteca municipal de Rosario.⁵⁶ A pesar de las similitudes existentes entre la ciudad santafesina y Bahía Blanca,⁵⁷ la prescindencia estatal en materia de organización de instituciones culturales que

⁵¹ Artículos 60 y 65. *Estatutos de la Asociación Bernardino Rivadavia de Bahía Blanca*. Op. cit., 1921, págs. 15 y 16.

⁵² Suriano, Juan. *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*. Buenos Aires, Manantial, 2001.

⁵³ Otros autores han detectado la presencia de esta “cultura de la conferencia” en espacios provincianos como el tucumano. Véase, por ejemplo, Bravo, María Celia y Teitelbaum, Vanesa. “Socialistas y católicos disputando el mundo de los trabajadores. Protesta, sociabilidad y política en Tucumán (1895-1910)”. *Entrepasados. Revista de historia*, nº 35, 2009. Buenos Aires, págs. 67-87.

⁵⁴ Sobre la importancia del formato de la conferencia para los círculos ilustrados porteños pueden consultarse, entre otros, los capítulos contenidos en Bruno, Paula (dir.). *Sociabilidades y vida cultural: Buenos Aires, 1860-1930*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2014. Al respecto de este tema en la ciudad de Córdoba véase López, María Victoria. *Elite letrada y alta cultura en el fin de siglo. El Ateneo de Córdoba, 1894-1913*. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 2009 [trabajo final de licenciatura inédito].

⁵⁵ Véase Agesta. “Modernismo de gente bien...”. Op. Cit.

⁵⁶ Vignoli. *Sociabilidad y cultura política*. Op. Cit. y Fernández, Sandra. *La revista El Círculo o el arte de papel. Una experiencia editorial en la Argentina del Centenario*. Murcia, Universidad de Murcia, 2010.

⁵⁷ Su carácter de “ciudades nuevas”, de acelerada modernización provocada por su exitosa incorporación al modelo agroexportador como nodos ferro-portuarios, las aproximaban y suscitaban comentarios como el de Enrique Banchs para quien Bahía Blanca “no en vano es la hermana del Rosario y la hija menor del Buenos Aires suburbial”. Banchs, Enrique. *Ciudades argentinas*. Bahía Blanca, 17grises, 2010, pág. 25.

denota la ausencia de emprendimientos de este tipo hasta 1930 -año en que se fundó el Museo Municipal de Bellas Artes-, dificulta la comparación entre ambas. El carácter popular de la Biblioteca Rivadavia la aproxima, por el contrario, a su par norteña que desde 1883 había instaurado un proyecto de conferencias pedagógicas que funcionó hasta la década de 1890. Al igual que en ella, la nómina de temas estuvo marcada por la voluntad de instruir a un público popular y por la actitud paternalista que asumió la dirigencia respecto de él. La formación dispar de sus miembros introdujo, no obstante, una importante diferencia que impidió que se requiriera de los asociados bahienses la presentación de una conferencia oral o escrita mensual como requisito de su participación. En efecto, mientras que en Tucumán los integrantes de la sociedad estaban relacionados a las instituciones de educación secundaria fundadas por el Estado nacional y, más tarde, a la fundación de la universidad, en Bahía Blanca la composición societaria era más heterogénea e incluía a los sectores agroexportadores y comerciantes junto a los profesionales e intelectuales. Por este motivo, las disertaciones se efectuaron con menor frecuencia y por convocatoria expresa de la Comisión de Conferencias que anualmente designaba el Consejo Directivo. Médicos, escribanos, abogados, jueces, políticos y periodistas de renombre local eran habitualmente convocados en estas ocasiones y prestaban su concurso “desinteresado” para la realización de estos eventos. Diferente era la situación cuando el orador provenía de fuera de la ciudad; como lo demuestra la carta escrita en 1915 por T. Mora del Club Progreso de Buenos Aires al presidente de la ABR Bartolomé Ronco, en estos casos el visitante proponía un programa de exposición que debía ser retribuido mediante un pago o, al menos, por medio del financiamiento de su traslado y estadía. Muchas veces se trataba de profesionales del rubro que ofrecían una propuesta cerrada y preestablecida que solía incluir material audiovisual e implementos técnicos.⁵⁸ Ante los costos que ello suponía, la gratuidad fijada en la reglamentación era difícil de sostener para una entidad con continuos problemas financieros. Así, luego de las primeras experiencias a cargo de intelectuales destacados por Juan Antonio Solari, Carlos Heras y Leopoldo Longhi, la Comisión *ad hoc* resolvió recurrir a las “personas capacitadas de la ciudad” para ocupar la tribuna institucional. Un conjunto de alrededor de quince individuos entre los que se contaban, entre otros, Agustín de Arrieta, Alejandro Bonel, Oscar Fuentes Urios, Adolfo Calmens, Arturo García Herd, Carlos de la Hoz, Francisco Marseillán y Francisco Pablo de Salvo, integraron el grupo de colaboradores estables con que contó la Biblioteca entre 1924 y 1930. Esta composición distinguió sustancialmente las conferencias de la ABR de las de otras entidades afines, como la Asociación Cultural. En el primer caso se trataba de charlas destinadas a los sectores populares y dictadas por intelectuales locales sobre temas de cultura general vinculados a la higiene y a la salubridad, a la Historia, la Literatura o la Geografía nacionales a las que se

⁵⁸ Carta de T. Mora a Bartolomé Ronco. *Correspondencia recibida. Diciembre 29 de 1914 a noviembre 29 de 1915*. Bahía Blanca, Asociación Bernardino Rivadavia, 21 de mayo de 1915.

A puertas abiertas. La Asociación Bernardino Rivadavia de Bahía Blanca: reformismo, distinción social y configuración urbana (1882-1930)

reclamaba que fueran “todo lo más amplias que sea posible” y que evitaran un “carácter especializado que no concuerd[e] con los propósitos de la Asociación”.⁵⁹ En la segundo, por el contrario, éstas estuvieron siempre a cargo de destacadas figuras de la Ciencia o la Literatura nacional como Alfonsina Storni, Leopoldo Lugones, Arturo Capdevila, Juan Carlos Dávalos, Rafael A. Arrieta, Clemente Onelli, entre otros,⁶⁰ y versaron sobre problemáticas estéticas clásicas o contemporáneas que exigían cierta erudición por parte de los oyentes. De este modo, las asociaciones iban configurando audiencias diferenciadas que se definían en función de sus atributos educativos.

Aunque reticente al principio, con el transcurrir de los años el público manifestó su apoyo a estos ciclos, tal como se señalaba en las memorias y en los artículos periodísticos y se visualizaba en las fotografías publicadas por la prensa. [Imagen 2].

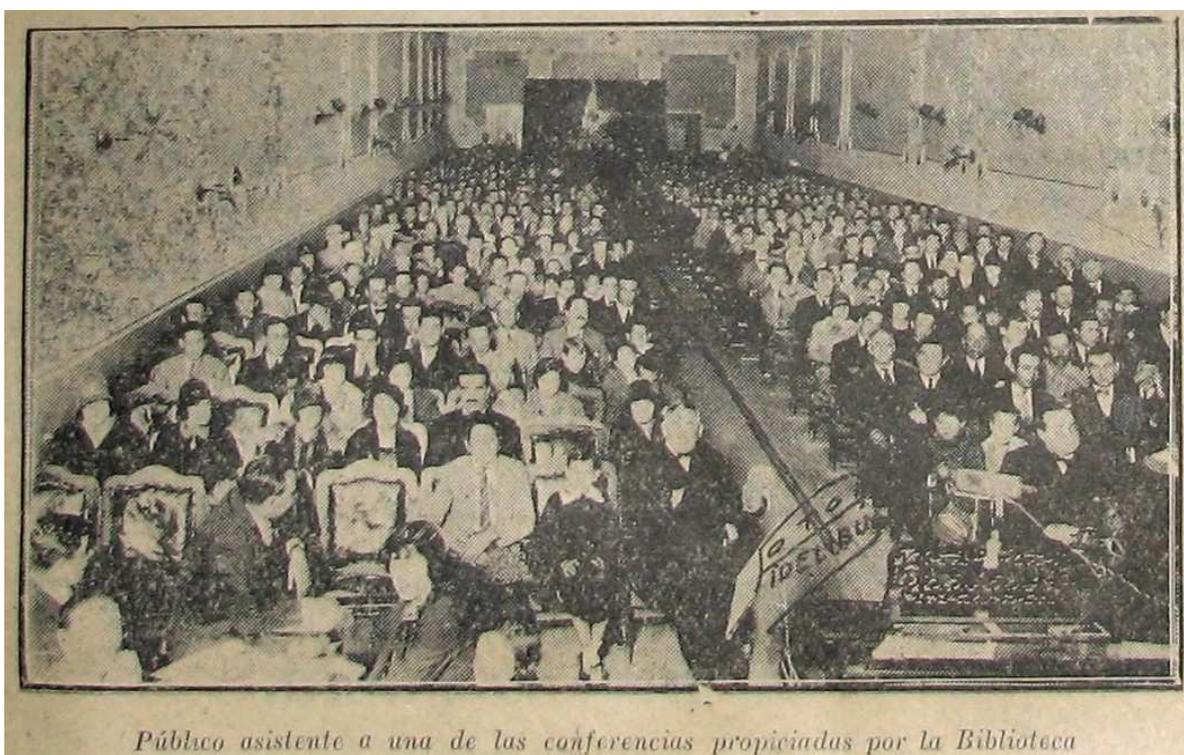


Imagen 2. *El Atlántico*, año 9, nº 2600, 1 de enero de 1928. Bahía Blanca, pág. 13.

En efecto, las conferencias gozaron de una amplia aceptación y convocaron una nutrida concurrencia de niños y adultos que era atraída por su naturaleza gratuita y popular y por la generalidad de los temas tratados. De acuerdo al informe del Consejo Directivo, en 1926 la asistencia alcanzó las 2400 personas, lo que implicaba un promedio de 400 por acto. Fue el año siguiente, sin embargo, el de

⁵⁹ *Libro de Actas de la ABR nº 4 1922-1931*, Bahía Blanca, 20/06/1927, f. 135 y *Libro de Actas de la ABR nº 4*, op. cit., f. 52. Por razones de extensión no nos ocupamos en este artículo de analizar el contenido de las conferencias que proyectamos tratar en otra oportunidad.

⁶⁰ Sobre esto puede consultarse Agesta, María de las Nieves. “Literatura en los márgenes. El Modernismo en una ciudad del interior argentino (Bahía Blanca, 1900-1930)”. *Journal of Hispanic Modernism*, nº 5, 2014. Phoenix, Alberto Acereda, Arizona State University, págs. 152-169. Disponible en: <http://jhm.magazinmodernista.com/2014/03/06/issue-5/>

mayor desarrollo del programa con un total de quince conferencias realizadas. Luego de esa fecha y hasta 1930, su número disminuyó por diversos motivos entre los que se destacó la preocupación por concretar la edificación de la nueva sede social. Una vez inaugurada ésta, las disertaciones se efectuarían en el propio local –y no en el cine Odeón o en el Teatro Municipal como hasta ese momento–, suponiendo una reducción del presupuesto destinado a ellas y, por lo tanto, la posibilidad de comprometer en el proyecto a figuras destacadas del mundo intelectual argentino.

La inauguración de este espacio permitiría también la diversificación del tipo de actividades: aunque sin cuestionar la centralidad de la lecto-escritura como factor de progreso intelectual, a la cultura letrada promovida desde la Asociación se sumarían en adelante, con cada vez mayor protagonismo, las artes visuales y sonoras. En efecto, entre 1929 y 1930 se adquirió un piano y se abrió una sección de música dedicada a la realización de conciertos y a la adquisición de partituras, se incorporaron por donación las primeras obras pictóricas que constituirían la base de la pinacoteca institucional, se organizaron una muestra de afiches y dos de pintura y se compró un proyector cinematográfico. Tres años más tarde, en 1933, se efectuó además la primera exposición de arte fotográfico en las salas del subsuelo del nuevo edificio que se convertiría en los años venideros en una de las más importantes de Bahía Blanca. El perfil renovado se acentuó gracias al aporte de otras entidades que, de acuerdo a la reglamentación comentada más arriba, establecieron convenios de adhesión con la Rivadavia. En este sentido, la Asociación Cultural reforzó la sección musical responsabilizándose a organizar a partir de 1930 dos audiciones gratuitas para los asociados mientras que Asociación Médica fortaleció el área de divulgación científica desde 1931 adquiriendo el compromiso de ceder material bibliográfico especializado y, sobre todo, de ofrecer conferencias gratuitas sobre temas vinculados a la salud en el marco de la biblioteca.

Conclusiones

Es ardua, pero noble la tarea que se ha impuesto la C. Directiva de esta noble institución.

Yá lo hemos dicho antes de ahora, sus afanes y sus esfuerzos, persiguen un generoso ideal.

Cobijar á la sombra del árbol de la ciencia al elemento que forma la masa del pueblo, es obra buena, y es encaminar á este por el sendero de sus grandiosos destinos.

Educar al pueblo es hacerle libre y consciente cultor de la democracia y capaz, entonces, de conquistarse legítimamente su propio engrandecimiento.

Por eso las naciones, en donde las masas populares tienen el reflejo de la ilustración de las clases sociales

superiores, han estado y estarán siempre á la cabeza de la civilización y del progreso.⁶¹

A finales del siglo XIX, la localidad bonaerense de Bahía Blanca estaba experimentando un crecimiento acelerado como consecuencia de su posición estratégica que la convertía en un punto nodal para las actividades agrícolas y comerciales sobre las que se asentaba el modelo económico nacional. En vísperas de la inauguración del eje ferropuerto, las proyecciones de progreso del poblado exigían la puesta en marcha de proyectos educativos y culturales que, de acuerdo al paradigma de la civilización europea, contradijeran el tópico de la “ciudad fenicia” mediante el desarrollo paralelo de las dimensiones materiales y espirituales. En este marco, se inscribió el surgimiento de la Asociación Bernardino Rivadavia que, fundada por un grupo de hombres de diferentes procedencias, filiaciones políticas y ocupaciones, se propuso estimular la cultura local por medio del sostenimiento de una biblioteca popular y la implementación de un programa de acción más amplio centrado en la promoción de los saberes letrados considerados legítimos.

El ideal reformista reunía a los fundadores y dirigentes en torno a la confianza depositada en la lecto-escritura y en la tradición intelectual occidental como mecanismos de mejoramiento social. Asimismo, la convicción de pertenecer a “lo más selecto” de la sociedad bahiense sustentó su voluntad de intervención pública fundada sobre una visión paternalista de la relación entre los sectores populares y las élites y sobre la creencia en la misión de liderazgo de estas últimas. El formato de la “biblioteca popular”, incentivado por la prédica sarmientina, se presentaba como el más adecuado a estos fines en tanto, sin excluir la participación estatal, ponía en primer plano la iniciativa privada como base de la construcción ciudadana.

En este sentido, la asociación se transformó tanto en el núcleo de una intensa labor de difusión lectora y de extensión cultural como en una plataforma de visibilización y de consagración social para los miembros de las sucesivas comisiones que se ocuparon de su dirección durante el período considerado. La palabra, escrita u oral, garantizaba la posibilidad del acceso al conocimiento y la formación de un ciudadano racional, razón por la cual la propagación de los libros y las conferencias públicas fueron las actividades primordiales llevadas adelante por las comisiones. Por otra parte, la designación como miembro de este organismo suponía un reconocimiento al capital simbólico y cultural que esta misma posición confirmaba. Como consecuencia de ello, además de constituir un medio de educación popular y de modernización cultural, la pertenencia a la ABR operó como mecanismo de distinción para su dirigencia contribuyendo a diversificar las bases de la legitimidad de las élites en una ciudad que no contaba aún con establecimientos de instrucción superior.

⁶¹ “Biblioteca Popular Bernardino Rivadavia”, *La Nueva Provincia*, Bahía Blanca, año 3, nº 864, 18 de julio de 1901, p. 1.

Al igual que sucedía a nivel individual, el rol rector de la entidad en el ambiente local fue confirmado por el tendido de redes institucionales que fueron definiendo centros y periferias culturales dentro de los límites de la ciudad y fuera de ella, a escala regional. La preocupación por extender su influencia en las villas y barrios alejados del centro y el programa de convenios que la vinculó con otras asociaciones, estuvieron marcados por la certeza de sus integrantes de encarnar los valores civilizatorios y por el afán de fortalecer la ascendencia de la agrupación sobre el devenir cultural bahiense. De esta manera, las transformaciones sociales, políticas e intelectuales aparecían enlazadas en un mismo proyecto ilustrado en cuyos fundamentos se encontraba la tensión originada por la articulación entre el objetivo de construir una sociedad más democrática y los procedimientos para lograrlo que corroboraban y reforzaban las distancias sociales.

Recibido con pedido de publicación 14/11/2016

Aceptado para publicación 04/12/2016

Versión definitiva 22/12/2016